



El refugio de vagos ilustrados: Discursividad y cultura popular en las pulperías venezolanas (1770-1830)*

Neller Ramón Ochoa Hernández**

Resumen:

Las pulperías fueron activos centros de discusión. Su reducido espacio no dice mucho sobre la heterogeneidad discursiva que se desarrolló en su interior; igualmente, sus asistentes desestiman la hermética visión de una sociedad estrictamente jerarquizada que cumplía a cabalidad con el orden establecido. En plena crisis del orden colonial hispánico en Venezuela, estos espacios sirvieron para desafiar las complejas relaciones de poder existentes en esa sociedad.

Palabras clave: sociabilidad, relaciones de poder, pulperías, discursos, vida cotidiana.

Abstract:

The pulperías were active discussion centers. Its small space doesn't say much about the discursive heterogeneity that developed inside; equally, their assistants dismiss the hermetic vision of a strictly hierarchical society that fulfilled with the established order. During the crisis of the hispanical colonial system in Venezuela, these spaces served for challenge the complex power relations in that society.

Key words: sociability, power relations, pulperías, discourses, everyday life.

* Este artículo se terminó en 04/2013; se entregó para su evaluación en 05/2013 y se aprobó para su evaluación en 06/2013.

** Licenciado en Historia por la Universidad Central de Venezuela. Investigador del Centro Nacional de Historia, Venezuela. Candidato a Magister en Literatura Latinoamericana por la Universidad Simón Bolívar, Venezuela. Coordinador y prologuista del Diccionario Memorias de la Insurgencia (2011). Miembro del Consejo de investigadores de la revista Memorias de Venezuela. Email: nellerchoa@gmail.com.

1. Introducción

No basta con reducir la escala de observación. Adentrarse en la variopinta cotidianidad independentista exige nuevas y complejas interrogantes que pongan en duda las periodizaciones tradicionales. Desde el enfoque simplista de patriotas “buenos” y realistas “malos”, es imposible reconstruir fenómenos como el bandolerismo, los saqueos, la vagancia y los ámbitos de sociabilidad, cuyos alcances rebasan cualquier fatalismo maniqueo. Para este tipo de discurso, fragmentación y discontinuidad son términos inexistentes: su objeto es la teleología. Ante dicha posición, se recomienda no “...resolver el discurso en un juego de significaciones previas, no imaginarse que el mundo vuelve hacia nosotros una cara legible que no tendríamos más que descifrar; él no es cómplice de nuestro conocimiento...”¹.

Las divisiones monolíticas obstaculizan el camino para entender cómo las mayorías populares entran y salen del purgatorio historiográfico. La rápida conversión del “glorioso pueblo” de 1810 en las “hordas ignorantes” de 1814 es una clara muestra. Aún cuando la Primera República restringió el acceso de los estratos bajos al poder, algunos historiadores como José de Austria les achacaron toda la responsabilidad del fracaso:

El sistema federal (...) no parecía el más a propósito para pueblos que salían de la esclavitud más abyecta, en la más total ignorancia y que, por consiguiente, no estaban en la actitud de ejercer con prudencia y acierto plenamente sus derechos bajo tal sistema.²

Por su parte, José Domingo Díaz rechazó el discurso revolucionario y su inmediata repercusión en los graves “desórdenes” caraqueños, atacando la excesiva presencia de negros, mulatos e indios. Según Díaz, ese 5 de julio de 1811, sólo participaron hombres “... llenos de vino, y con las más bajas maneras...”³ El principio de autoridad cernido sobre los testimonios bolivarianos, contribuyó igualmente a la incompreensión de las dinámicas colectivas. Las incansables denuncias contra una “Pardocracia” dispuesta a trastocar el orden republicano han sido tomadas literalmente, anteponiendo

una supuesta “anarquía” a la constante lucha para obtener libertad e igualdad, principio característico de esta sociedad en crisis⁴

El resultado inmediato de la guerra, poco o nada se asemejaba a las ofertas patrióticas de una patria libre, alejada de la “barbarie” colonial. Fragmentación, desigualdad social y graves conflictos económicos, necesitaban de un discurso homogeneizador y moralizante que diera paso a la nación. En las explicaciones donde su ubicó al héroe —preferentemente a Simón Bolívar— como fin último de la historia, el pueblo fungió solamente como apéndice: “San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre...”⁵. Así funcionó la historiografía romántica venezolana.

Con la aparición de *Cesarismo Democrático* (1919), Laureano Vallenilla Lanz desafió el canon establecido para decir: fue una guerra civil⁶. Lejos de “cometer un atentado contra las glorias más puras de la patria”⁷, pretendía hurgar en la “psicología de la masa popular” gracias al avanzado utillaje metodológico que para inicios del siglo XX le brindaba el positivismo. Aunque se evidencian claras alusiones racistas y deterministas propias de la corriente, es un claro antecedente de lo que posteriormente se conocería como *historia social*.

Hacia la década de 1960, Germán Carrera Damas denunció como una de las mayores limitaciones de la historiografía venezolana: subestimar al “... pueblo como agente histórico, presentando como motor del proceso histórico no ya al hombre providencial, sino a restringidas elites.”⁸ Este cuestionamiento propio de la corriente marxista, trajo consigo nuevos retos teóricos y metodológicos, todavía objetos de discusión.

2. Cuando el problema viene desde abajo

Sensibilizarse con los sectores históricamente olvidados requiere un gran esfuerzo, muy alejado de la visión reduccionista “de ‘pobrecitos’ y eternos desposeídos”⁹. Concebir una historia estática entre dominados y dominadores, condena en una mazmorra a miles de voces disidentes que buscaron mecanismos inusuales para romper o adaptarse a un sistema cambiante. Allí no caben las estrategias

discursivas de los esclavos en aras de su libertad, o la intensa movilidad social de algunos pardos. Bajo esta lente, sólo podríamos observar al poder en forma unilateral, cuando: “El poder se ejerce en red y, en ella, los individuos no sólo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo y también de ejercerlo...”¹⁰

Mirar y leer *desde abajo*, pone en duda la tajante división entre “alta” y “baja” cultura, deslastrando de todo sentido peyorativo la categoría *cultura popular*, al ofrecer “una fusión de la historia de la experiencia cotidiana del pueblo con los temas de los tipos de historia más tradicionales.”¹¹ Más allá de los consabidos problemas teóricos, hallar las fuentes idóneas es algo complejo. Pese al slogan postmoderno: *no hay texto sino interpretaciones*, debemos reconocer que no todos los días aparece un *Menocchio*¹² en los archivos. De esta forma:

La escasez de testimonios sobre los comportamientos y actitudes de las clases subalternas del pasado es fundamentalmente el primer obstáculo, aunque no el único con que tropiezan las investigaciones históricas.¹³

Una vez encontrados los testimonios necesarios para construir el discurso, surge otra pregunta bastante incómoda: ¿Cómo insertar los nuevos hallazgos en la tradición? Las clasificaciones usuales siguen marginando los alcances de esta *nueva historia*; por lo tanto, reescribir la historia, lejos de ser un empecinamiento político-ideológico, es una necesidad. ¿Acaso sería pertinente hablar de Primera y Segunda República, cuando la mayoría de los habitantes no se sintieron parte de ellas? ¿Qué significaba la República para negros, pardos e indios? ¿Hubo otras instancias discursivas aparte de las mantuanas tertulias patrióticas?

3. Un error de la modernidad

Afirmar que las causas fundamentales del movimiento insurgente en América fueron las ideas ilustradas de la Revolución francesa y norteamericana, amén de la consabida crisis española de 1808, se ha convertido en lugar común. El error radica en olvidarse de las particularidades étnicas, sociales, políticas, culturales y geográficas del continente, las cuales complejizan la recepción de esos procesos.

Para entender el impacto del pensamiento moderno durante la independencia es menester evaluar el contexto internacional, pero no al grado de señalar como François Xavier Guerra: “Las coyunturas políticas peninsulares son las que marcan entonces los ritmos de la evolución americana.”¹⁴ Muchos historiadores venezolanos han seguido fielmente estas frases lapidarias. Con motivo del bicentenario del 19 de abril de 1810, Inés Quintero pronunció un discurso en la Academia Nacional de la Historia, donde expresó:

A pesar de la disgregación de poder en numerosas juntas y la existencia de una instancia política que pudiese ser reconocida como la legítima autoridad, *no hubo en América ningún movimiento que tuviese como objeto adelantar la independencia.*¹⁵

Otros investigadores como Carole Leal Curiel, Tomás Straka y Ángel Rafael Almarza, también se han amparado bajo las teorías de Guerra, originando un interesante debate en el que María Elena González Deluca dejó sentado para junio de 2010: “...los hechos demostraron que el apoyo al régimen monárquico de gobierno, que muy probablemente era el sentir de unos cuantos líderes y de buena parte de la población americana, no significaba negar la opción de la independencia.”¹⁶

Al limitar los alcances de la revolución venezolana únicamente al acontecer hispánico, negamos la riqueza de una sociedad con altos grados de conflictividad social, cuyos actores buscaban zafarse del control social impuesto por la tardía institucionalización de la Capitanía General; no en vano, los mantuanos hablaban de ejercer libremente “la tiranía doméstica”. En consecuencia, a manera de islas incomunicadas, se fortalecen odiosas etiquetas como la de “movimientos pre-independentistas”, así como el alegato de una extrema e inmutable fidelidad entre la población.

Los estudios sobre la formación de una conciencia propiamente americana durante el período colonial se han centrado en la “conciencia criolla”. Autores como David Brading, Jhon Lynch y Jacques Lafaye, dan pruebas de un pensamiento heterogéneo y complejo, pero lleno de pretensiones autonomistas. Por lo tanto:

He adoptado predominantemente el punto de vista hispanoamericano, mirando las revoluciones como creadoras de las naciones americanas más que como disolventes del imperio español, y concentrándome en la historia “interna” de la independencia con preferencia a sus aspectos internacionales.¹⁷

4. Nuevos espacios de sociabilidad: las tertulias patrióticas

A finales del siglo XVIII la cuenca del Caribe estaba en franca ebullición. Los esfuerzos españoles por crear un cordón sanitario que distanciara a sus colonias de la fiebre revolucionaria habían fracasado. La desesperación llegó al extremo de emitir una Real Orden en marzo de 1795, donde se exigía colocar todos los esfuerzos posibles “para cortar el contagio” en la Capitanía General de Venezuela¹⁸. Al sempiterno inventario de productos contrabandeados, ahora se sumaban libelos, pasquines, comunicaciones y hasta personas con ideas demasiado subversivas como para hacerse la vista gorda.

Los curas, recordando a los sacrilegos franceses, empuñaban la excomunión como su mejor arma. Las autoridades, acudiendo al miedo, señalaron las posibles consecuencias de una salida al estilo haitiano, donde ahora los esclavos eran los amos. También dejaron sobre la mesa su capacidad represiva, al ejecutar de forma ejemplarizante a José Leonardo Chirinos (1796) y José María España (1799). Por su parte, la Universidad hacía lo suyo en el campo del pensamiento, prorrogando discusiones de larga data en el Viejo Continente.

Francisco Depons, agente del gobierno francés que visitó la provincia a comienzos del siglo XIX, describía el atraso propio de un claustro donde imperaba la filosofía escolástica. Asimismo, legó un detallado inventario de las obras proscritas por los doctos caraqueños:

El Nuevo Abelardo, (...) los seis últimos volúmenes del Curso de Estudios de Condillac (...); el Genio de Montesquieu; la Historia literaria de los Trovadores; la Historia Filosófica y Política del Abate Raynal; Belisario de Marmontel; (...) las obras de Voltaire; las obras de Rousseau; el Ensayo sobre la Historia Universal, por Juan de Antimoine; la Historia del

príncipe Basilio; la Historia y vida de Aretino; los Monumentos de la vida privada de los doce Césares, etc.¹⁹

Lejos de mermar los imaginarios revolucionarios, el ambiente represivo aceleró su circulación pese a las desesperadas acciones de unas autoridades que veían fermentar las reuniones en las principales casas caraqueñas. Con la Ilustración se fortalecía una forma de lectura más crítica basada en la discusión. La sociabilidad cortesana del Antiguo Régimen había cambiado para darle paso a conversaciones en salones burgueses, difuminándose la tajante división entre lo público y lo privado. Gracias a los constantes intercambios generados en ellos, asistimos al “uso público de la razón por las personas privadas.”²⁰

Ya a principios del siglo XIX en la Capitanía General de Venezuela, las tertulias se habían extendido lo suficiente como para llamar la atención del barón Alejandro de Humboldt. Aunque reconoce sus limitaciones y hace analogías con las establecidas en México y Santa Fe, expresa: “Noté en varias familias de Caracas gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, una decidida predilección por la música que se cultiva con éxito (...) Las ciencias exactas, el dibujo y la pintura...”²¹

Seducidos por las nuevas ideas y bajo la protección de su condición mantuana, muchos jóvenes de apellidos ilustres promovieron y visitaron estos círculos. La cuadra Bolívar, situada en las riveras del Guaire y alejada del centro de la ciudad, sirvió para desviar momentáneamente las miradas. Lo mismo pasó con la casa de los Tovar, donde Martín blandía consignas libertarias, amparándose en el Conde, su padre.

Cuando las sesiones alcanzaron otros matices, y proyectos como el de constituir una Junta Gubernativa (1808) tomaron fuerza, la justicia respondió con el mayor cuidado posible: primero, recomendando a los notables que aconsejasen a sus hijos; y seguidamente, al agotarse las negociaciones, mandándoles a sus casas de campo para ver si el aire de los valles aragüeños les enfriaba la cabeza. Un preocupado José Domingo Díaz denunciaba la peligrosidad de las reuniones:

El mundo entero estaba anegado de estos pestilentes escritos, y ellos también penetraron en Caracas, y en la casa de una

de sus principales familias. Allí fue en donde se oyeron por la primera vez los funestos *derechos del hombre*, y de donde cundieron sordamente por todos los jóvenes de las numerosas ramas de aquella familia...²²

No es sino hasta el 14 de agosto de 1810, cuando la nueva República crea por decreto la *Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía*, dándole forma legal a unas asambleas que ya contaban con varios años de existencia. Los jóvenes radicales eran ahora socios de una organización donde existían "...marcadísimas tendencias de origen francés..."²³, cuyas prácticas fueron inmediatamente vinculadas a prácticas jacobinas, pese a que Francisco de Miranda, uno de sus miembros más prominentes, despreciara constantemente esta doctrina.

Debido al fermento de la cuestión independentista en el Congreso, su accionar tomó mayor fuerza, y así lo dejaron ver algunos miembros durante el primer aniversario del 19 de abril de 1810, al patear pendones reales por las calles caraqueñas. La organización se expandió por todo el territorio, registrándose casos similares en Barinas, Puerto Cabello y Cumaná. El éxito fue tal que "...celebraba sesiones de ocho a once de la noche, tres veces por semana —martes, jueves y sábado—, posteriormente extendidas a sesiones diarias en virtud del rápido aumento de socios...". Al calor de sus tertulias, donde se hablaba desenfadadamente de temas álgidos, habría que sumarle el hecho de abrirle las puertas al bello sexo, así como a miembros de otros sectores sociales. Dadas las "... 'murmuraciones democráticas' que produjo la asistencia de pardos y morenos libres a las sesiones de este club político..."²⁴, fueron acusados de promover el bochinche entre las castas.

5. El templo del mal

Con el advenimiento del Reformismo Borbónico y su afán de reconquista, los mecanismos de control social en la provincia de Venezuela fueron reforzados. La unificación del territorio a través de instituciones como la Intendencia de Ejército y Real Hacienda (1776), la Capitanía General de Venezuela (1777), la Real Audiencia

de Caracas (1786) y el Obispado de Venezuela (1803), buscaban una mayor vigilancia sobre un territorio muy alejado de la utópica paz colonial. Igualmente, la creación de Alcaldías de Barrio y los constantes Bandos de Buen Gobierno, buscaban hacer lo mismo a nivel local. Sin embargo, frases como “se acata pero no se cumple” y “arriba el Rey y abajo el mal gobierno”, dan muestras inequívocas de una fidelidad bastante maleable en todos los niveles.

El constante miedo a los estratos inferiores se conjugó con los parámetros utilitaristas ilustrados para darle fuerza a la categoría de vagos y malentretidos, la cual se fundamentó en prejuicios raciales y morales más que en definiciones formales. En los expedientes, descalificativos como “ocioso”, “malhechor” y “borracho”, le ganan la partida a explicaciones basadas en el derecho o la economía. En la mayoría de los casos, el vago fue un efectivo mecanismo de exclusión para dosificar las iniciativas de la población descontenta con las relaciones de trabajo impuestas desde las élites.

Igualmente, el lugar de residencia o los sitios más frecuentados por estos personajes, automáticamente se hicieron ganadores del desprecio oficial. La pulpería, tugurio de “mala vida” del que todos hablaban pero que todos visitaban, fue vista como uno de los principales escollos tardo coloniales para imponer un excesivo disciplinamiento social. Las autoridades resaltaron sus efectos negativos sobre los estratos bajos de la sociedad, tal como sucedió con la pulpería de Don Antonio Ruiz Laya en la Villa de Araure (1798), acusada de alterar la quietud de los indios Guamos, quienes gracias a “... las embriagueces que continuamente toman, cometen varios excesos y quimeras...”²⁵ El resultado: en agosto de ese año fue clausurada por Real Provisión. Ya el Brigadier Don José Carlos de Agüero, Gobernador y Capitán General desde 1772 hasta 1777, había establecido “que ningún soltero ni casado con mujer ausente”²⁶, pudiera emplearse como pulpero, temiendo que los recurrentes excesos allí celebrados pudieran afectar la paz familiar.

Pese a tener una importancia fundamental en el establecimiento y fortalecimiento de las ciudades, el Consulado de Comercio implantado en 1793, eliminaba a los pulperos de sus reglamentos. Quienes aparecían registrados como bodegueros en el padrón,

buscaban deslindarse de los “vulgares” pulperos, personas “... de muy poco caudal, que vivían del crédito y quienes carecían absolutamente de conocimiento de las leyes y prácticas que regían el comercio (...) eran menos versados aún que el mercader, y les faltaba altura intelectual...”²⁷ Paradójicamente, esa “ignorancia” rodearía a José Tomás Boves, Francisco Rosete y Francisco Tomás Morales, antiguos pulperos, de numerosos seguidores durante la guerra.

¿A las pulperías sólo asistían negros e indios embrutecidos en busca de licor? Joseph de la Llamozas parece desmentir el principio. En junio de 1815, eleva su voz para solicitar mayor vigilancia en dichos locales. Quería establecer un mostrador fijo en la puerta, limitar las ventas nocturnas y acabar con “...los juegos que suelen formar en ellas los esclavos, hijos de familia y gente ociosa, como también la reunión de hombres, de mujeres, las embriagueces y las quimeras...”²⁸ Según Llamozas, la concurrencia era numerosa y variada, colocando en entredicho la exclusividad racial de las pulperías, así como la pureza moral de las elites.

Sin embargo, aún luego de establecidas las Repúblicas en América, fueron tratadas como templos del relajó. Para marzo de 1849, en Chile se hablaba del parentesco de unas desordenadas elecciones celebradas ese año con la “‘pulpería de ño Pedrito Manduca’, una tienda popular en Caracas durante los tiempos de Bolívar, ‘mui frecuentada de la plebe y en la que por consiguiente había gran confusión y desorden’.”²⁹

6. La pulpería: espacio de interacción social

El limitado espacio físico de las pulperías fue inversamente proporcional a los debates sociales, económicos, políticos y culturales que en ellas se gestaron. Gracias a esta diversidad, la pregunta ¿Qué es una pulpería? adquiere complejos matices. Ángel Rosenblat nos habla justamente de su problema etimológico, y aunque inicialmente la vincula a la posible venta de pulpos, finalmente se decanta por una relación directa con las pulquerías mexicanas: “Claro que una *pulquería* fuera de Méjico tenía que vender, en lugar de pulque, otras

bebidas fermentadas.³⁰ Mario Briceño Iragorry, desde la añoranza de un paraíso perdido, avala la tesis de Rosenblat y la sitúa como “...centro de la vida modesta, apacible e independiente de nuestros pueblos...”³¹. Por su parte, el historiador argentino Jorge A. Bossio, dice: “... lo más probable es que derive de la pulpa.”³²

Hablar de la pulpería como sitio de frontera, refiere indudablemente a un ámbito geográfico. En efecto, las mismas se establecieron en puntos estratégicos de los escasos caminos coloniales, sirviendo de intersección entre un poblado y otro. En las ciudades, estuvieron ubicadas preferiblemente en las esquinas, verdaderas bisagras de la configuración urbana. Pero al igual que las fronteras territoriales, las demarcaciones sociales están fundadas sobre conflictivos elementos simbólicos.

La pulpería sirvió como espacio de interacción étnica, social, económica y cultural. Allí las relaciones de poder coloniales sufrieron drásticas reconfiguraciones. Epistemológicamente, proporcionan herramientas para repensar la sociedad colonial, lejos de la “leyenda negra” y muy cerca de conceptos como movilidad social y estimación pública, ejes fundamentales de esa cotidianidad.

La riqueza discursiva suscitada en ellas, recreó conceptos y proyectos de largo alcance. Detrás de toda prohibición existe un temor. Si nos apegamos a las descripciones administrativas, sólo encontraremos la presencia de “seres inferiores” dominados por el efecto embrutecedor de los juegos y el alcohol, cuando los esfuerzos para reducir estos espacios, también obedecieron a la formación de un discurso igualitario, heterogéneo y muy virulento entre sus asistentes.

En un contexto de marcada lucha política e ideológica, el lugar donde confluyeron todos los sectores sociales no puede ser desestimado, más si generó relatos donde ya no era “necesario callarse las réplicas, reprimir la cólera, morderse la lengua”³³. Allí podríamos evidenciar la formación de una *zona intermedia*, generadora de “la nueva ideología, históricamente activa.”³⁴, cimentada en la constante tensión de la “ignorancia popular” con los preceptos más “cultos”.

7. La formación de discursos populares

Reunión de vagos buscando diversión. Esta fue una de las marcas más empleadas para describir la esfera donde se desarrollaron acaloradas disputas populares. A comienzos del siglo XIX, ante los discursos registrados en la fonda del Guayabo, Alejandro de Humboldt exponía: “Sorprendióme la agitación que reinaba en los ánimos, la acritud con que discutían cuestiones sobre las que hombres de aquel mismo país no debieran diferir en opinión.”³⁵ Paradójicamente, una de las mayores falencias del territorio, se convertiría en elemento clave para la difusión de ideas novedosas.

Gracias a la escasez de posadas, las pulperías ocuparían sus funciones. Es así como el 22 de abril de 1825, el Congreso colombiano emitió un decreto concediendo exenciones a quienes establecieran posadas y ventas en los caminos públicos. Dicha providencia sólo tuvo repercusión en el parlamento. Posteriormente, en 1871, el alemán Karl. F. Appun señalaría: “...dada la escasez de posadas para el viajero, es difícil alojarse en otro lugar que en las pulperías frecuentadas por las clases más bajas, si no se tiene, por recomendaciones o consideraciones especiales, la posibilidad de vivir en casas particulares.”³⁶

La confluencia de viajeros ilustrados y sectores populares devino en una relación dialéctica donde los últimos acogieron las informaciones a través de mecanismos como la lectura en voz alta, -tomando en consideración los elevados niveles de analfabetismo- para luego reinterpretarlos según sus experiencias y necesidades. Asimismo, la capacidad de asombro de los extranjeros también se hizo sentir, cuando encontraban elementos novedosos en un ambiente clasificado de antemano como “bárbaro”.

Dauxion Lavaysse, desconcertado por la propaganda sediciosa de Cumaná en 1807, relataba:

...entré un día en casa de un pulpero a quien encontré ocupado haciendo cucuruchos y bolsas con las Declaraciones de los derechos del hombre, ejemplares del Contrato Social y Bulas, verdaderas o falsas, del Papa Pío VI excomulgando a la nación francesa...³⁷

Había obtenido el material en un viaje a Trinidad, donde regalaban estos paquetes a todos los contrabandistas. El trato desdeñoso de los papeles, seguramente no reflejaba la intensa discusión que generaron, donde pudo haber reforzado ideas de libertad e igualdad entre los asiduos visitantes. Asimismo, debemos resaltar la capacidad de los pulperos para conseguir informaciones y mercancías por cualquier vía. Conocedores de las redes comerciales lícitas e ilícitas, siempre pujaban para hacerse con la “novedad” del momento, luego ofrecida pomposamente en su peculiar microcosmos.

Años más tarde, en la pulpería de Eusebio Acosta se conjugarían algunas ideas “elevadas” con la experiencia cotidiana. El pequeño tugurio ubicado en Ocumare de la Costa era referencia obligada de quienes buscaban tomarse un guarapo, comerse algo y entretenerse con sus juegos. Todo esto lo reunían dichos establecimientos, muy perseguidos cuando vendían productos sin previa autorización. Ante la pluralidad de aquellos recintos, el escocés Robert Semple expresó en 1812: “...‘Pulperías’ es el nombre dado en este país a los establecimientos que son, al mismo tiempo, tienda, posada y cortijo, en el grado en que pueden serlo según el estado social de la provincia.”³⁸

En noviembre de 1815, Acosta fue acusado de infidente. La “traición” se basaba en el escaso cuidado puesto sobre las conversaciones de sus clientes, que como el zambo Francisco Luis Betancourt, discutían abiertamente “pasar por las armas a todos los españoles.”³⁹ Los constantes rumores sobre la cercanía de las tropas republicanas, se ligaron con substratos del pensamiento de Betancourt para la construcción de discursos y prácticas radicales basadas en la reivindicación y la venganza. Instaba a todos sus compañeros que aguantaran un poco más las injusticias, pues según sus cálculos, con la Pascua se cantarían la Patria en Caracas.

8. Lo que esconde el alcohol

Retractarse por los nefastos efectos de la borrachera, ha sido un eficaz mecanismo para zafarse de problemas. En su mayoría, los inconvenientes ocurrían luego de varias horas en una pulpería

discutiendo e ingiriendo licor. Estos delitos, asociados primordialmente con negros, pardos, mulatos, zambos e indígenas, han sido vistos como una característica esencial de su “baja condición”, y no como muestra de un discurso oculto que eclosionaba en ese instante.

Domingo Cienfuegos llegó a Barquisimeto el 25 de abril de 1813 buscando trabajo como platero, oficio al que se dedicaba este pardo caraqueño de 29 años. Su periplo había sido muy largo. Antes de arribar a su destino, primero recorrió Calabozo y Barinas. Ya en Quíbor, visitó la casa del capitán realista Francisco de Oberto, donde gritó sin estupor “se fuera el rey a la mierda”. También se quejó de la pobreza existente entre los realistas, a diferencia de lo “bien vestidas y comidas que estaban las tropas patriotas”. Cuando el Cadete Luis Urdaneta, junto con dos soldados iban a capturarlo, Cienfuegos le quitó el arma a uno de ellos, hiriéndolo en la cabeza. Una vez en la cárcel, dijo no entender el problema de confesarse buen patriota, pues para un caraqueño esto era normal; pero luego de meditar un poco, achacó toda su desgracia a una terrible decisión. Antes de la cita había entrado en una pulpería llamada “De Rebote”, donde “con una peseta almorzó y bebió guarapo; luego de salir de allí bebió más guarapo, hasta que olvidó cómo llegó a la casa del oficial Oberto.”⁴⁰ Cienfuegos declaró que todo era una gran confusión ética, y sus torpes palabras no debían manchar su gran lealtad hacia la causa real.

El 16 de mayo de 1817 a las 8:30 de la noche, el acostumbrado ¿quién vive? dado en Altagracia de Orituco, fue respondido violentamente con un “España y Fernando VII hijos de puta”. El responsable: José Francisco Carmenates, arriero de 40 años de edad. Mientras era conducido a prisión, expresaba “... el que bebe con sus reales y no debe nada a nadie no es malo.”⁴¹ A la mañana siguiente el tono era otro. Según Carmenates, la borrachera lo había traicionado. Gracias a este recurso y con la ayuda de Gregorio Trujillo, Procurador de Pobres, la pena inicial de dos meses de prisión y 50 pesos de multa, fue rebajada a 12 días de cárcel y la entrega de algún ganado.

En medio de la intensa “guerra de colores”, cualquier declaración violenta con tintes raciales era motivo de preocupación. Cuando en mayo de 1817, el esclavo cocinero de Merced Lacroix de Aldave dijo:

“Carajo es menester matar a todos estos blancos, pues no en balde los franceses negros, no podían ver ningún blanco pues a todos los mataban”⁴², se encendieron las alarmas entre las autoridades realistas, que resolvieron darle un castigo ejemplar: doscientos azotes en las calles de Puerto Cabello. Su ama Merced alegó una excesiva ingesta de alcohol como la culpable del malentendido. Aunque José Echenagucia, de 24 años y originario de Guinea, también se defendió amparándose en “la ignorancia propia de todos los esclavos”, igualmente le fueron otorgados los flagelos.

El mismo destino sufrió Domingo Flores hacia diciembre de 1812, cuando lanzó una temeraria predicción en las calles de Valle de la Pascua: “Antes de la pascua renace el patriotismo.” Por ello, este zambo nacido en Camatagua, achacó sus palabras a los efectos del alcohol. En ese momento “se hallaba bebiendo licor hasta el extremo de embriagarse y no estar en sano juicio.”⁴³ Sin embargo, nada le salvaría de sufrir 50 azotes en la Plaza la Constitución el 16 de enero de 1813.

Las debates generados en las pulperías estuvieron llenos de fuertes tensiones étnicas, sociales, políticas y económicas de larga data, pese al disimulo propio de los chistes, el juego y el alcohol. En muchos sentidos, la guerra no generó nuevos escenarios, sólo catalizó la fuerte conflictividad de la sociedad colonial. Cuando los asistentes eran perseguidos y arreciaban las medidas restrictivas contra los establecimientos, reinaba una preocupación más elevada que el estricto cumplimiento de la “moral y las buenas costumbres”. La reunión de las “castas” no era una opción saludable para las autoridades, y menos si entre ellas existía un constante y fructífero intercambio de información.

José Manuel Gamarra era un pardo de 40 años dedicado a la barbería. Fue reclutado por las fuerzas realistas, y en su periplo guerrero observó algunos enfrentamientos en Santa Marta y Cartagena, experiencias seguramente dignas de relatar. Ya en Caracas para mediados de 1815, Gamarra se internó en una pulpería, donde dio rienda suelta a sus vivencias; eso sí, no sin antes aderezarlas con algunos matices épicos. Habló de la fuerza ganada por los patriotas en Cartagena, todo ante la mirada de una audiencia que se debatía entre el asombro y la reprobación.

Guarapos fueron y vinieron, mientras José Manuel, quejándose de las recién llegadas tropas “pacificadoras” de Pablo Morillo, subía el tono progresivamente. Finalmente y sin medir las consecuencias profirió: “Carajo si este es gobierno no lo quiero, que el ejército que ha venido de España a tranquilizar no hace más que matar a todos, robar y atropellar a cuantas mujeres encuentran, esta es Ley de Dios? Yo soy para mi patria.”⁴⁴ Gamarra daba muestras de un sentimiento generalizado entre los antiguos soldados realistas, que ahora veían el desprecio de su nuevo jefe hacia los métodos instaurados por el fallecido “Taita” Boves. Morillo licenció a numerosos negros, pardos e indios, justificándose en la aplicación de una férrea disciplina:

Los individuos que he traído del reino son ya otros hombres; bastantes desertaron, pero los que han quedado pueden competir con los más valientes; así me ha costado estar encima de ellos, y no perdonar diligencia para disciplinarlos.⁴⁵

El defensor pidió a la justicia omitir las acciones de Gamarra. Debía considerarse el lugar en el que estaba, así como la irracionalidad propia de un hombre ebrio. No obstante, el castigo sería ejemplar: fue ahorcado en la Plaza Mayor de Caracas y luego enterrado en la Iglesia de Altigracia.

Los recursos empleados para afrontar todos los “problemas étlicos” antes descritos, habla mucho sobre la utilización de los prejuicios raciales y socioeconómicos en favor de los sectores populares. Vincular el carácter levantisco o la invención de proyectos libertarios a un condicionante étnico, mantuvo en secreto un sinfín de ideas y proyectos, pues la naturalización de las transgresiones buscaba eliminar otras interrogantes. Igualmente pudo haber sucedido con las embriagueces y las visitas a las pulperías, descalificadas por los declarantes para desviar la atención de las autoridades. De esta forma, los personajes estudiados dieron a su discurso público “una forma adecuada a las expectativas del poderoso.”⁴⁶

Si observamos el comportamiento existente en bodegas, pulperías, billares y otros lugares tenidos como bajos e indignos, encontramos declaraciones que rebasan las clásicas etiquetas de

patriotas y realistas. Inmediatamente, surge una interrogante sobre la posibilidad de hallar tantas interpretaciones como escenarios étnicos, socioeconómicos y culturales. Cuando Juana María Herrera, india tributaria de 46 años y natural de Los Guayos, gritó en las calles de Valencia: “Perros blancos hijos de puta, levantados, vende gente, que aquí en esta ciudad lo que vale es el negro, el indio y el zambo.”⁴⁷, daba muestras de un odio racial que no era motivo de sorpresas, pero más importantes aun fueron las muestras de cooperación interétnica existente en sus palabras.

Las autoridades realistas de Valencia se sintieron aludidas y procedieron a la captura de Herrera. Sin embargo, la categoría “blanco” esbozada por la india no se refería a los mestizos, quienes legalmente pertenecían al sector, y tampoco se limitaba a los realistas, pues también se le escuchó decir “... por culpa del ‘maldito’ de Miranda se había perdido todo el trabajo y conuquitos que tenía en la laguna.” Al fragor de la batalla, las categorías que hoy nos parecen tan rígidas se adaptaron satisfactoriamente a un entorno hostil y versátil. Aunque el odio racial fue utilizado por ambas facciones para reclutar efectivos entre los sectores populares, siempre existió un germen de rebeldía que alimentaba el miedo perenne de las elites, al mejor estilo de Bolívar y su pardocracia.

Las restricciones nocturnas impuestas se cumplieron a regañadientes. Muchas reyertas fueron causadas por la irrupción repentina de las autoridades en estos recintos, donde el alegato más esgrimido de la multitud era: ¿bebo con tu dinero? Una resistencia concatenada de todos los presentes, colocaba en serios problemas a los soldados, que en muy pocas ocasiones sobrepasaban la decena.

Manuel Páez e Ignacio y Dionisio Henríquez así lo muestran. El 14 de diciembre de 1812 paseaban por las calles del pueblo de Santa Cruz, cuando decidieron entrar a una pulpería donde el ambiente prometía diversión: la algarabía era ensordecedora. Gracias a estas escenas, muy frecuentes en toda la geografía venezolana, más adelante se prohibiría “... dentro de las pulperías y sus contornos inmediatos toda reunión de hombres con motivo de tocar instrumentos...”⁴⁸

Más allá de los ruidos generados por el grupo, al dueño le hastiaron algunos comentarios políticos. Lentamente se acercó a la mesa y preguntó: ¿Quién vive?, voz común del argot nocturno de la época. Nadie contestó, pero la molestia era evidente. Al salir de la pulpería, Manuel expresó “Tanto preguntan quien vive... aquí vive es la patria.”⁴⁹ El pulpero escandalizado llamó a las autoridades, pero se hallaron con una sorpresa incómoda: todos en el lugar gritaron lo mismo y se hicieron apresar.

¿Qué se entendía por patria en dichos recintos? Todavía no tenemos los elementos necesarios para responder esta pregunta, pero buscamos resaltar la importancia de la pulpería y sus intrincadas dinámicas en la construcción del retazo multiforme inherente al concepto. Estamos seguros que la patria utilizada para realizar numerosos enrolamientos, difiere bastante a la esbozada en estos lugares.

9. ¿Un “afuera” igualitario?

Desde una visión ingenua, fácilmente podríamos situar a la pulpería en un cómodo “afuera” alejado del entorno colonial, olvidando que sirvió para amplificar o modular ideas e informaciones propias de ese sistema. Allí se amalgamaron amplios sectores, lo cual no la convirtió en un espacio netamente igualitario; las relaciones de poder desarrolladas en su ámbito sufrieron bruscas transformaciones. Es justamente en estas zonas donde con mayor facilidad pueden observarse las permeables fronteras de la sociedad.

El inglés John Hankshaw dejó una curiosa descripción publicada en 1824 sobre su visita a la República de Colombia. Entre muchas cosas, destaca sus vivencias en una pulpería ubicada a diez leguas de San Carlos, donde justamente podemos observar versátiles adaptaciones al orden establecido. Para mayor sorpresa, el Alcalde que le había recibido hospitalariamente a su llegada era el encargado del establecimiento. Agregó que este oficio no le impedía “ejercer al mismo tiempo una autoridad incontrolada sobre sus respectivos pueblos o villas.”⁵⁰ Según Hankshaw, en este personaje ocurría un desdoblamiento bastante

curioso que le hacía dejar a un lado los “rigores” de su cargo, y permitir todo tipo de excesos en su negocio. La maleabilidad judicial de la pulpería contribuyó a crearle un estatus de “tierra de nadie”, sometida a reglas particulares. De alguna manera u otra, pudo haber influido “El reducido espacio (...), la abigarrada presentación de sus mercancías y la relación personal con el dueño y sus marchantes...”⁵¹

Tal vez por eso entendamos la asidua confluencia de ladrones y bandoleros para repartirse el botín y planear nuevos ataques. En diciembre de 1812, Don Juan Terrero, Administrador de Reales Rentas de Villa de Cura, denunciaba el robo de 4720 pesos. El temor de la entrada patriota en la localidad hacia junio de ese año, le hizo enterrar el dinero en la casa de José Pablo Ávila, lugar del cual fue sustraído posteriormente, mientras Terrero aun estaba en prisión. El principal implicado era Antonio Durán, cabo de cuadrillas de Cura, y entre sus acusadores figuraba el pulpero de Barbacoas, a quien le parecieron sospechosas las monedas llenas de tierra y la excesiva generosidad de Durán al momento de pagar, evidenciada en la voz: “Ya pagaron muchachos y sino aquí hay dinero”⁵² Como podemos observar, las habladurías propias de estos sitios generaron numerosos planes, pero también frecuentes delaciones.

Otro de los problemas inherentes a estos “tugurios” fue la tajante y aparente división entre espacios públicos y privados. Aun cuando dichas conversaciones abandonaron la intimidad del hogar para adentrarse en esquinas y caminos, la pulpería generó una sensación de privacidad y aislamiento con respecto a la realidad exterior. Este encubrimiento le convino al licenciado Miguel José Sanz en noviembre de 1808, cuando en el contexto de un complot para derrocar al Capitán Juan de Casas y conformar una Junta Defensora de Fernando VII, fue abordado en la Plaza de San Jacinto por don José Tovar y don Miguel Ustáriz para solicitarle algunas recomendaciones sobre el proyecto final. Era un secreto a voces las reuniones “sediciosas” en casa de José Félix Ribas, quizá una de las razones de Sanz para rechazar la invitación a ese lugar. Viendo la negativa y buscando generar el mayor disimulo, Tovar “... le hizo entrar en una bodega en donde por desembarazarse de él, [Miguel José] le añadió, o enmendó algunas palabras a dicho papel.”⁵³

Corría el año 1826, y ya el diplomático inglés Sir Robert Ker Porter, a pesar de su corta estadía en Caracas, hablaba de las “borracheras, peleas y confusiones continuas” presentes en las posadas. Asimismo, avaló los notables esfuerzos del Intendente Juan Escalona por enfrentarse a los excesos nocturnos de la capital. Sin embargo, Escalona no recibiría el apoyo esperado, por el contrario, los problemas con sus superiores le valdrían el cargo.

Ker Porter enfatizaba la asidua práctica del juego, “desde los de más arriba hasta los de más abajo”. El gran bullicio, amén de las cuantiosas sumas de dinero manejadas en las partidas de cartas, suscitaba un problema de salud pública. En consecuencia, Escalona se dirigió a una de las tantas casas de juegos caraqueñas para exigirles el cierre, a lo que su dueño respondió: “que la gente más importante de la ciudad la frecuentaba y que tanto el general Páez como el general Mariño estaban allí todas las noches.” Efectivamente, tiempo después, el Intendente recibiría la visita de un edecán de Páez, que en tono amenazante le expresó que si eran tan grandes sus deseos de sacarlo del recinto “que fuera él mismo a hacerlo.”⁵⁴

Aunque el lugar de los acontecimientos no fuera una pulpería en el sentido formal, ellas también hicieron las veces de casinos clandestinos así como de instituciones crediticias. No en vano, Appun reseña la existencia de un pequeño cuarto “... destinado para la sociedad más fina, [donde] había sólo pocos huéspedes, joven gente de color, vestida decentemente, que en apariencia había celebrado pocos minutos antes una riña de gallos”⁵⁵. Con la finalidad de seguir jugando, era muy común recurrir al pulpero para solicitarle algunos pesos, los cuales eran otorgados bajo elevados intereses. Igualmente, el manejo del numerario en manos de estos personajes se convirtió en una gran preocupación. Según una relación dieciochesca realizada por el Intendente Francisco de Saavedra:

...los pulperos usan unos pedazos de cobre sellado que sólo tiene valor en su particular pulpería, con el igual los 4° y 8° de real que faltan, y son indecibles los monopolios, especialmente a los pobres y necesitados que son los que merecen la más protección del gobierno.⁵⁶

Dicha práctica tomaría mayor fuerza en las “pulperías de hacienda”, pues el pago de peones y jornaleros sólo servía en sus dominios.

La heterogeneidad presente en estos lugares, da al traste con una visión estática que sólo presenta de forma aislada sus inventarios y vivencias, vulgarizando cualquier iniciativa surgida en su seno.

10. Consideraciones finales

Las pulperías, esas modestas casas de adobe, pisos de tierra y salas reducidas, sirvieron como efectivos movilizadores de las crecientes tensiones sociales vividas a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Efectivamente, sus clientes hicieron catarsis con las apuestas, los cantos y el guarapo, escapándose momentáneamente de los asfixiantes mecanismos de control social, pero muchos comentarios oficiales sólo han destacado el “bochinche” imperante en estos recintos, haciendo caso omiso de su rica discursividad, por ubicarse aparentemente en un ámbito “pre-político” donde se construía una modernidad a medias.

Uno de los principales errores en la aproximación ideológica del proceso independentista fue asumir la existencia de *un* discurso y *una* mentalidad, apartando la complejidad inherente a la recepción de las ideas y su posterior adaptación. En las pulperías no hubo un discurso, hubo discursos, tan diversos y complejos como sus visitantes.

Las nuevas construcciones en torno a la sociabilidad durante estos años, deben abandonar la comodidad propia de los espacios mantuanos, para adentrarse en el difuso orden de la cultura popular, donde la vida social se hace “más fluida y caótica, lo que se acerca más a la manera en que realmente se vive.”⁷⁵⁷

Notas y bibliohemerografía

- ¹ Michael Foucault, *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets, 1992. pág. 53.
- ² José de Austria, *Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960, Tomo I, pág. 281.

- ³ José Domingo Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1829, pág. 89.
- ⁴ Este planteamiento puede verse con mayor profundidad en: Germán Carrera Damas, *La crisis de la Venezuela colonial*. Caracas, Dirección General de Cultura-Gobernación del Distrito Federal, 1976.
- ⁵ Eduardo Blanco, *Venezuela Heroica*. Caracas, Discolar, 1973. pág. 66.
- ⁶ Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático y otros textos*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1991, pág. 19.
- ⁷ *Idem*.
- ⁸ Germán Carrera Damas, *Metodología y estudio de la historia*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1972. pág. 190.
- ⁹ Dora Dávila, *Agentes de su libertad. Esclavos, sujetos y discursos en un Caribe que cambia (1790-1800)*. Caracas, Celarg, 2010, pág. 14.
- ¹⁰ Michel Foucault, *Defender la sociedad*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006. pág. 38.
- ¹¹ Jim Sharpe, “Historia desde abajo”, en: Peter Burke (Comp.), *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza Editorial, 2004. pág. 51.
- ¹² Domenico Scandella, mejor conocido como Menocchio, fue un campesino friuliano (Región de Friuli-Italia) del siglo XVI, enjuiciado por el Santo Oficio gracias a sus novedosas y controvertidas ideas sobre el cosmos. Sería tomado por el historiador Carlo Ginzburg como ejemplo de paradigma indiciario, base metodológica de la microhistoria italiana.
- ¹³ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos (El cosmos, según un molinero del siglo XVI)*. Barcelona, Muchnik editores, 2000. pág. 3.
- ¹⁴ François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias (Ensayos sobre las revoluciones hispánicas)*. Madrid, Mapfre, 1992. pág. 116.
- ¹⁵ Inés Quintero, “Discurso de orden bicentenario del 19 de abril de 1810. Academias Nacionales de Venezuela”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, tomo XCIII, n.º 370, abril-junio de 2010, pág. 19.
- ¹⁶ María Elena González Deluca, *La independencia y la dialéctica sociopolítica de la Colonia* (Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, pronunciado en Caracas el día 22 de julio de 2010), pág. 22.

- 17 John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona, Ariel, 1976. pág. 7.
- 18 Elías Pino Iturrieta, *La mentalidad venezolana de la emancipación*. Caracas, El Dorado Ediciones, 1991. pág. 28.
- 19 Francisco Depons, *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*. Caracas, Ediciones del BCV, 1960, Vol. I, pp. 228-229.
- 20 Roger Chartier, “Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII”, pág. 77.
- 21 Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Vol. II. Caracas, Monte Ávila Editores, 1991. pág.334.
- 22 José Domingo Díaz, *Ob. Cit.*, págs. 4-5.
- 23 Carole Leal Curiel, “Tensiones republicanas: de patriotas, aristócratas y demócratas: la Sociedad Patriótica de Caracas.”, en: Guillermo Palacios (Coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina*. México, El Colegio de México, 2007, pág. 236.
- 24 *Idem*.
- 25 Archivo General de la Nación, *Sección Diversos*, Tomo LXXIII, Año 1798, Fol. 202.
- 26 Héctor García Chuecos, *Historia Colonial de Venezuela*. Caracas, Archivo General de la Nación, 1985, Tomo I, pág. 5.
- 27 Rafael Ramón Castellanos, *Historia de la pulpería en Venezuela*. Caracas, Editorial Cabildo, 1988, pág. 24.
- 28 “El primer mercado establecido en la ciudad de Caracas”. Boletín del AGN, T. XVI, Nº 210, enero-junio 1966, pág. 17.
- 29 VV.AA, *Historia de América Latina. Creación de las repúblicas y formación de la nación*. Vol. 5. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2001, pág. 329.
- 30 Ángel Rosenblat, *Buenas y malas palabras*. 1ra serie. Caracas, Edime, 1960. pág. 261.
- 31 Mario Briceño Iragorry, “Responso a la vieja pulpería nacional”, en: Rafael Ramón Castellanos, *Historia de la pulpería en Venezuela*. Caracas, Editorial Cabildo, 1988, págs 275-276.
- 32 Rafael Ramón Castellanos, *Ob. Cit.*, pág. 33.

- ³³ James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*. México, Era, 2004, pág. 149.
- ³⁴ Germán Carrera Damas, “Sobre la zona intermedia”, en: *La dimensión histórica en el presente de América Latina y Venezuela (Tres Conferencias)*. Caracas, Facultad de Humanidades y Educación-Escuela de Historia, 1972, pág. 101.
- ³⁵ Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Tomo II. Caracas, Monte Avila, 1991. pág. 289.
- ³⁶ Karl F. Appun, "En los Trópicos"(1871), en: Elías Pino Iturrieta y Pedro Enrique Calzadilla (Comp.). *La mirada del otro (Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX)*. Caracas, Fundación Bigott, 2002, pág. 80.
- ³⁷ Dauxion Lavaysse, J.J., *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, la Margarita y diversas partes de Venezuela en la América meridional*. Caracas, Instituto de Antropología e Historia-Universidad Central de Venezuela, 1967, pág. 215.
- ³⁸ Robert Semple, “Bosquejo del estado actual de Caracas, incluyendo un viaje por La Victoria y Valencia hasta Puerto Cabello.”, en: *Tres testigos europeos de la Primera República (1808-1814)*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1974, pág. 34.
- ³⁹ “ACOSTA, Eusebio”, en: *Memorias de la Insurgencia*. Caracas, Centro Nacional de Historia, 2011, pág. 5.
- ⁴⁰ “CIENFUEGOS, Domingo”, en: *Ibidem.*, págs. 128-129.
- ⁴¹ “CARMENATES, José Francisco”, en: *Ibidem.*, pág. 107.
- ⁴² “ECHENAGUCIA, José”, en: *Ibidem*, págs. 160-161.
- ⁴³ “FLORES, Domingo”, en: *Ibidem*, pág. 183.
- ⁴⁴ “GAMARRA, Juan Manuel”, en: *Ibidem*, pág. 194.
- ⁴⁵ “El Brigadier D. Francisco Tomás Morales a Morillo. Villa de Cura, 31 de julio 1816.” Doc. 503, en: Antonio Rodríguez Villa, *El Teniente General Don Pablo Morillo*, Tomo III. Madrid, Tipografía de Fortanet, 1908. pág. 87.
- ⁴⁶ James C. Scott, *Ob. Cit.*, pág. 24.
- ⁴⁷ “HERRERA, Juana María”, en: *Memorias de la Insurgencia*, pág. 266.
- ⁴⁸ Rafael Ramón Castellanos, *Ob. Cit.*, pág. 83.

- ⁴⁹ “PÁEZ, Manuel”, en: *Memorias de la Insurgencia*, pág. 412.
- ⁵⁰ John Hankshaw, *Letters written from Colombia, during a journey from Caracas to Bogotá, and thence to Santa Marta in 1823*. London, Printed for G. Cowie & Co, 1824. págs. 40-41. (La traducción es nuestra)
- ⁵¹ José Rafael Lovera, *Historia de la alimentación en Venezuela*. Caracas, Centro de Estudios Gastronómicos, 1998, pág. 138.
- ⁵² Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Sección Civiles-Independencia, Tomo 234, Exp. 1091, 1813, Fol. 4.
- ⁵³ *Conjuración de 1808 en Caracas. Para formar una Junta Suprema Gubernativa* (Documentos Completos). Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, Comité de Orígenes de la Emancipación, Tomo I, 1968, pág. 227.
- ⁵⁴ Sir Robert Ker Porter, *Diario de un diplomático británico en Venezuela. Caracas, Fundación Polar*, 1997, p. 69.
- ⁵⁵ Karl F. Appun, "En los Trópicos"(1871), en: *Ob. Cit.*, pág. 52.
- ⁵⁶ Ángel López Cantos, *Don Francisco de Saavedra, segundo Intendente de Caracas*. Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/ Escuela de Estudios Hispanoamericanos. pág. 31.
- ⁵⁷ Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independencia en México, 1810-1821*. México, FCE, 2011, pág. 68.



La romería de San Isidro. Francisco de Goya.